

C  
972  
S

neral y en el sabio la facultad de inventar. El genio, dígallo en una palabra.

III.

El país, que no sólo acepta, sino que admira y bendice la obra del general Díaz, está seguro de que la ha complementado grande, hermosa y dignamente llevando á su lado á Limantour, que ha venido cuando debía venir, cuando la paz y el progreso material hacían posible el progreso económico.

Y el país se ha sentido reconfortado al ver que su gran gobernante posee no sólo la habilidad necesaria para elegir al hombre que la situación requería, sino la magnanimidad bastante para estar seguro de que su mérito no resultará opacado ni disminuido, sino al contrario, aquilatado y sublimado, manteniendo cerca de sí á quien ha contribuido á escribir una de las páginas más bellas de la obra colosal que Díaz viene burilando hace muchos años.

El partido liberal mexicano es un heroico y noble semillero de donde ha salido cuanto de más meritorio y más grande ha honrado al país. Como Esparta enviaba un espartano por todo auxilio á las naciones débiles ó afligidas, así el partido liberal, en las angustias de la patria, ha diputado siempre un miembro suyo que se ha llamado Gómez Farías, en la lucha contra los privilegios; Degollado, en la lucha contra el clero rebelde; Juárez, en la lucha contra el extranjero; Díaz en la lucha por la grandeza de la patria. Y ahora, al lado del noble atleta, que todavía está listo y con el arma al brazo, destaca á Limantour, señalándole, como decía el apóstol,

la labor que corresponde á su hora, y la tarea que aguarda de su persona después del inmenso trabajo que lleva ejecutado.

Cierto periódico dijo en meses pasados, que un *reporter* interrogó al señor Limantour sobre cómo había podido hacer tantas cosas y atender á tantos asuntos y tan diversos; y que el interrogado contestó: "siendo ministro catorce años."

Tiene razón mil veces el señor Limantour; si le hubiera tocado ser ministro en una de esas organizaciones parlamentarias en que los ministerios se mudan cada tres meses y en que nada se puede ya no plantear, pero ni siquiera ensayar con fruto, nada habría hecho, ni empezado, ni siquiera acometido. La obra genial, una y maravillosa pertenece, pues, al señor Limantour; pero el amplio concurso, la ayuda generosa, el apoyo franco, leal y sin ambages ha sido del Gral. Díaz, que siente en su mano la pulsación de la mano del pueblo, y que hace lo que el pueblo quiere ó necesita.

Y México tiene tal confianza en su jefe, que no puedo menos de traer á cuento un rasgo de la historia del primer Napoleón. En 1814, después de las terribles derrotas que la coalición infligió al César, éste reunió en Fontainebleau á toda su vieja guardia. Le hizo presente lo apretado de la situación, la necesidad de correr á París y la confianza que tenía en sus colaboradores. Cuando el "corso de rala cabellera" esperaba un vitor, los *vieux de la vieille*, aquellos "gruñones que solían rezongar, pero que iban siempre tras de su jefe" que-

C  
972  
S

daron silenciosos y sin movimiento. El Emperador, inquieto y sorprendido, preguntó entonces: "¿Tengo razón?" Todos gritaron á una voz: "Viva el Emperador .....A París! A París!" "Habían permanecido callados, dice el historiador del gran ejército, porque juzgaban inútil responderle á su capitán lo que él sabía bien: que siempre estarían á su lado....." Y México, aunque á veces no responda, está siempre al lado de su caudillo.